

muchos precedentes. Séneca y muchos Padres de la Iglesia y escritores cristianos encontraron en el aforismo o *sententia* el instrumento verbal más apto para expresar su propio conocimiento de la vida. Y, por supuesto, también los hagiógrafos, movidos por el Espíritu divino, adoptaron esta forma literaria en los libros sapienciales del Antiguo Testamento. El proverbio tiene, entre otras, una ventaja importante: introduce de un modo inmediato y sencillo en las verdades básicas que el escritor quiere mostrar; y, para los que conozcan ya experimentalmente el tema desarrollado, resume de forma sucinta toda la experiencia de una vida entera. Bajo el proverbio late profundo un riquísimo significado. Los proverbios de Macken reúnen estas cualidades de sencillez y profundidad.

El libro está escrito en flamenco, pero la claridad estilística del autor lo hacen accesible a cualquiera de los conocedores de las lenguas germánicas.

KENT EMERY, JR.

Gonzalo MARTÍNEZ DíEZ y Félix RODRÍGUEZ (eds.), *La Colección Canónica Hispana*, III-IV Madrid, C.S.I.C. (Instituto Enrique Flórez), 1982-1984, 366 pp., 18 x 25,5.

La Hispana es una colección canónica que constituye una de las grandes aportaciones de la Iglesia visigótica a todo el occidente cristiano. En el siglo VIII se extendía ya en Francia y Alemania, y el mismo autor que hizo las Decretales Seudoisidorianas utilizó la Hispana como base de su obra. El influjo que tuvo en otras colecciones canónicas posteriores fue muy considerable.

Por todo ello se hacía sentir entre los estudiosos la necesidad de poder contar con una edición crítica de tan importante colección. Ya en la Primera Semana de Derecho Canónico organizada por el Instituto de San Raimundo Peñafort del C.S.I.C. en Salamanca el año 1945 se adoptó la resolución de comenzar los trabajos para una edición crítica de la Hispana. De esta tarea se responsabilizó el profesor Martínez Díez, que nos ofreció hace unos años un estudio preliminar con el objeto de sentar las bases de la edición que ahora comentamos (*La Colección Canónica Hispana*, I-II, Madrid-Barcelona, 1966-1976). Conviene hacer notar igualmente que a partir de 1963, el profesor Martínez Díez ha contado con la colaboración del profesor Rodríguez para la realización de este trabajo.

En la presente edición el volumen III, dedicado a los concilios griegos y africanos, la autoría de los primeros se debe a Martínez Díez, en tanto que la de los segundos es obra de Rodríguez. El volumen IV, destinado a los concilios galos e hispanos (hasta el II de Toledo inclusive), ha sido escrito en su totalidad por el profesor Rodríguez.

La edición crítica se ha realizado mediante 19 códices, escritos entre los siglos VIII y XV. De ellos 13 son de origen español y 6 de origen francés, alemán o italiano. Así pues, ha sido a partir de esos manuscritos

como se ha intentado decantar el texto que se formó durante los años 633 al 636 en la Hispania visigótica.

Como es sabido la colección canónica Hispana tiene tres recensiones: la inicial, que los AA. llaman Isidoriana, la Juliana, derivada de la anterior, y la Vulgata, que procede igualmente de la Isidoriana. Con la actual edición se pretende ofrecer lo que se ha podido recobrar de las tres recensiones; y así al comienzo de cada concilio se indica el puesto que ese concilio ocupaba en cada recensión mediante una capitulación triple. También se incluyen, en algunos casos, documentos sueltos de un concilio, omitidos en la recensión Isidoriana e incorporados luego a los restantes documentos y textos del mismo concilio en una de las recensiones derivadas. La presencia de esos documentos se hace notar con una barra vertical al margen del texto que se trate. Igualmente aparecen documentos sueltos que no pertenecieron a ninguna recensión, sino sólo a una familia de manuscritos, o a un solo códice. Tales textos, aunque en rigor no pertenecen a la Hispana, se han incluido colocando al margen barra doble a lo largo de todo el documento.

Los AA. han utilizado como texto básico el de la recensión Isidoriana, aunque se plantearon la cuestión de escoger entre el texto original del concilio mismo —en los casos en que éste se conocía por otras fuentes— y el texto de la colección canónica Hispana. Se decidieron por la Hispana, aunque en algunos casos se señala al lector la versión correcta, cuando ésta difiere de la Hispana, colocando en el aparato crítico las indicaciones *recte* o *legendum*.

Con respecto a los concilios griegos recogidos en esta colección destacan los AA. dos clases de deficiencias con que hubieron de enfrentarse: una constituida por las desviaciones corrientes de la tradición manuscrita, y otra, que provenía de los defectos de traducción y que no son imputables a la tradición manuscrita, sino al autor de la versión. Y dado que el autor de la Hispana no hizo una versión de los concilios griegos, sino una incorporación de los textos griegos traducidos por otros, no es factible medir la fidelidad de transmisión de la Hispana por los originales griegos, sino por los originales, exactos o inexactos, de las versiones que su autor recogió.

El aparato crítico es de los llamados de tipo negativo, es decir, se ofrecen exclusivamente los manuscritos que tienen una lectura distinta de la que se ofrece en el texto. Sólo en contadas ocasiones se usa el aparato positivo y negativo, es decir, se presentan todas las lecturas de los diferentes manuscritos. En el aparato crítico se aprecian tres niveles distintos: en primer lugar aparece la lista de los manuscritos empleados para establecer el texto. A continuación, debajo de esa línea, figuran las variantes de los manuscritos indicados. Y, por último, debajo de las variantes, se sitúan notas al texto, cuando a los AA. les ha parecido oportuno.

A la hora de valorar el esfuerzo realizado nuestro veredicto es altamente positivo. Hemos fijado nuestra atención, de un modo preferente, en los concilios hispánicos, por haber constituido anteriormente objeto de nuestra atención investigadora. En este sentido consideramos bastante logrado el texto del concilio de Ilíberis. De este concilio espigaremos al-

gunas lecturas que nos parecen más relevantes. Así, por ejemplo, en el canon X se lee: «*placuit huic nec in finem dandam esse communionem*» (p. 245), frente a otras versiones, incluso modernas, como la de Vives, que cambiaban el sentido al leer: «*placuit in finem huiusmodi dari communionem*» (Vives, p. 3). Igualmente cabe subrayar la redacción que se ofrece del famoso canon XXXIII de dicho concilio, cuando dice: «*Placuit in totum prohiberi episcopis, presbyteris et diaconibus positus in ministerio*» (p. 253), quedando así patente la interpolación del «*uel omnibus clericis*», que figuraba en los códices Complutense (C), Toledano (T), Passionei (P), Oxoniense (B), Regio (R), y en la familia de códices de la Marca Hispana (u) (p. 253 *ad lin.* 301). Otro tanto se puede afirmar del canon XLVII, cuya lectura queda mucho más explícita en la presente edición: «*Si quis ... in finem mortis est conueniendus; quod si se promiserit cessaturum, detur ei communio*» (p. 257). Con esa formulación se prescinde de la adición que trae el código Albeldense (A): «*[conueniendus] dari communionem*» (p. 257 *ad lin.* 366). También se gana en exactitud con la redacción del canon LXX al suprimirse la interpolación que ofrecían los códices de las familias Toledana (τ) y Gálica (γ): «*Communione si eam cum sciret adulteram aliquo tempore in domo sua retinuit*» (p. 265 *ad lin.* 469). Nos ha asaltado la duda de si la transcripción del canon LXVI es correcta al leer: «*eo quod si incestus*», pues aunque se capta el sentido sobreentendiendo el verbo *sum*, también cabría pensar en una errata, y que en vez de *si* se hubiera querido escribir *sit*.

Nos parece muy esclarecedora la nota que se ha puesto al canon VI del concilio de Gerona, así como la redacción del texto de dicho canon, sin que aparezca la partícula *non* delante de «*utantur auxilium*» como se encuentra en la edición de Vives (p. 40), y que Rodríguez afirma que no aparece en ningún manuscrito (p. 287, n. 1).

En el canon XVI del concilio I de Toledo después de la expresión «*egerit aptam paenitentiam*», supone el prof. Rodríguez que se han debido perder algunas palabras referentes al ejercicio de la penitencia (p. 325, n. 2).

A nuestro entender hubiera sido preferible poner una nota inicial al concilio IV de Cartago indicando que se trata de una falsa atribución y que, en realidad, ese texto pertenece a los *Statuta Ecclesiae Antiqua* de Genadio de Marsella (c. a. 475). Pensamos que esta nota aclaratoria podría orientar mejor que la simple rúbrica inicial entre corchetes que se pone en p. 345: [Concilium Carthaginense Quartum, uel potius Statuta Ecclesiae Antiqua].

También nos hubiera gustado que en el volumen IV se hubiese colocado la relación de los manuscritos empleados con sus abreviaturas correspondientes —aunque fuera sólo en forma de encarte— para poder facilitar la consulta de los mismos al lector interesado.

Por último, deseamos expresar nuestro aliento a los AA. para que continúen en esta misma línea de trabajo y nos puedan ofrecer, en un inmediato futuro, la edición crítica de los restantes concilios y decretales de esta valiosa colección.

DOMINGO RAMOS-LISSÓN